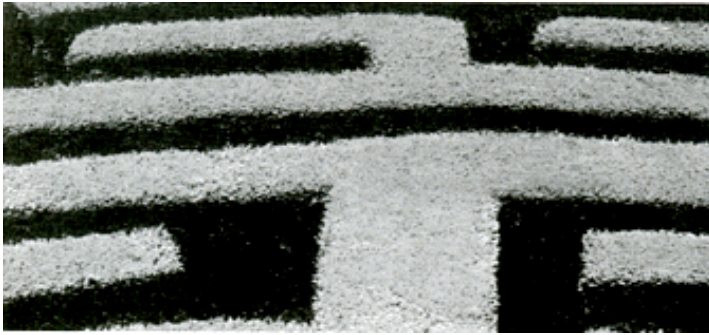


**Portada (izquierda) y contraportada (derecha) de la revista**

**¿Con qué lado del cerebro está usted leyendo esto?**

**(Palabras / imágenes / hemisferios)**

Antón Álvarez



**La palabra no es la mejor  
expresión de la cultura**

Resulta sorprendente que el lenguaje de las palabras, que ha sido considerando durante miles de años la base del pensamiento humano, la expresión más precisa y sublime de nuestros conocimientos y de nuestras ideas, esté siendo desplazado en tan sólo unas décadas por la sociedad de la imagen. Bastantes pensadores consideran este hecho como una auténtica destrucción cultural, impuesta por las clases

dominantes, los medios de comunicación de masas y los intereses comerciales de la sociedad global. Parece que la imagen acabará con la palabra y eso nos convertirá en seres aculturales, inconscientes y fácilmente manipulables, una especie de "1984" aún más cruel y sofisticado donde no dispondremos de un lenguaje que recoja nuestra memoria histórica ni nuestro pensamiento crítico.

Desde luego, este cambio del lenguaje de la palabra al lenguaje icónico se realiza de forma convulsa, lleno de señales contradictorias y cruzado de intereses, comercio y manipulación. Pero deberíamos evitar predicciones apocalípticas y recordar que cuando abordamos estos temas, obran sobre nosotros varias grandes inercias: primera, que nos limitamos a juzgar la cultura de la imagen por comparación (una comparación siempre restrictiva) con la antigua cultura de las palabras, sin entender la naturaleza profunda de este cambio y las perspectivas que abre. Segunda, que asociamos instintivamente el lenguaje de las palabras con el conocimiento, incluso con el proceso mismo de nuestro pensamiento, omitiendo que el conocimiento puede ser transmitido a través de muchos otros lenguajes y que el cerebro

también puede formular su pensamiento a través de las imágenes, las sensaciones o los sentimientos. Tercera, que solemos confundir las técnicas con el uso que se hace de ellas ("la televisión es nefasta") sin deslindar debidamente entre procesos y contenidos.



### **El discurso de la ambigüedad**

Todo lenguaje encierra una ideología, una forma de interpretar la realidad. Con gran perspicacia psicológica, Marx definió la ideología como "la deformación partidista de una realidad". Y no podemos afirmar que las palabras nos proporcionan siempre una perspectiva ecuánime y útil de las cosas. Como es sabido, el lenguaje de las palabras implica una visión jerárquica, secuencial y muy compartimentada de todo

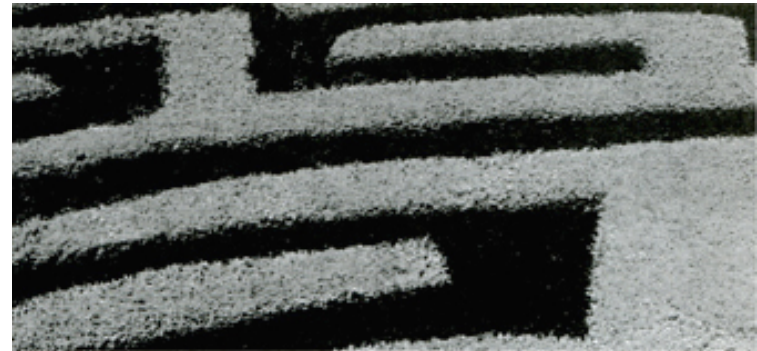
cuanto pretendemos analizar. Desde una perspectiva semiótica, el lenguaje textual (referido a un texto, ya sea escrito u oral) obliga al uso de unos códigos estructurales muy cerrados y exige exponer las ideas perfectamente en orden. Las palabras sólo pueden comprenderse adecuadamente siguiendo obligatoriamente una secuencia predeterminada de lectura y sólo una. Por ello, el lenguaje textual permite exponer y desarrollar con gran claridad los procesos —las relaciones entre causa y efecto— y las jerarquías —cuál es la idea principal y cuáles son las subordinadas—. El lenguaje textual es además muy claro y preciso, con poco margen para la ambigüedad; en efecto, el lector puede interpretar lo que lee, pero sabe exactamente qué palabras lee.

Por el contrario, el lenguaje icónico —quizás deberíamos denominarlo con mayor propiedad "lenguaje audiovisual" puesto que el sonido comparte estas mismas propiedades— muestra unos códigos estructurales muy abiertos y las relaciones secuenciales o jerárquicas no son tan evidentes: todo el contenido nos llega de golpe y es el espectador quien deberá completar las estructuras ausentes y darle a los elementos su orden de importancia. Como recuerda



Eco, en la comunicación interpersonal (basada en la palabra) los mensajes tienen una lectura inequívoca porque emisor y receptor comparten un código preciso; en otros casos como en el arte, el mensaje puede ser pretendidamente ambiguo para estimular al espectador a inventar posibles códigos de comprensión, pero en el lenguaje predominantemente icónico de los medios de masas, la ambigüedad es consustancial: "si en la comunicación cotidiana la ambigüedad está excluida y en la estética es por el contrario deseada, en la comunicación de masas la ambigüedad, aunque ignorada, está siempre presente."<sup>(1)</sup> A los que hemos sido educados en la verdad de una cultura infalible (la dominante) expresada un lenguaje preciso (el textual), tanta ambigüedad nos parece peligrosa o cuando menos inquietante. Pero es dicha ambigüedad la que permite que el espectador interprete las imágenes a su conveniencia y profundice en ellas cuanto desee, al contrario que en el lenguaje textual donde todo está marcado. Y eso es lo que hace que los iconos sean tan asequibles, universales y sintéticos ("una imagen vale más que mil palabras"). Además, el lenguaje de las imágenes resulta muy sensorial, estimula más activamente los sentidos que el lenguaje textual. Y

creemos que es, precisamente, la suma de todas estas características lo que explica la rápida progresión de la cultura icónica sobre la textual.



### **Cuestión de hemisferios**

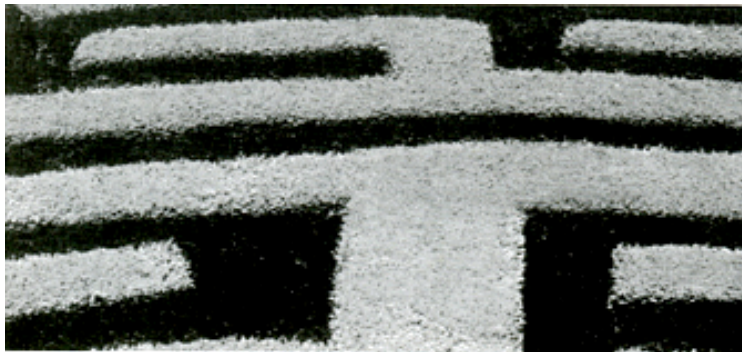
Desde las investigaciones de Roger Sperry<sup>(2)</sup> con personas epilépticas a primeros de los años 60, sabemos que los dos hemisferios cerebrales trabajan de forma diferente. El izquierdo es eminentemente práctico, el derecho en cambio es especulativo. El izquierdo es autocrítico, analítico y metódico; el derecho es espontáneo, intuitivo y anárquico. No resulta extraño que sea el lóbulo izquierdo el encargado de descifrar las palabras y las ideas conceptuales y sea el derecho el que se

ocupa de las imágenes acústicas y visuales. De forma muy fundamentada, también ha sido relacionado insistentemente el lóbulo izquierdo con los valores masculinos, mientras en el derecho se ha localizado el universo de lo femenino.

El lado izquierdo es el que hemos desarrollado intensivamente durante estos últimos siglos de investigación y tecnología, especialmente a partir de la Ilustración. Y la ciencia positivista ha encontrado en las palabras el vehículo perfecto para expresar sus ideas: no ha tenido que salir de su propio lóbulo para encontrar un lenguaje codificador. El propio Sperry, algunos años antes de conseguir el premio Nobel de Medicina en 1981, señalaba que "nuestro sistema educativo, al igual que la ciencia en general, tiende a despreciar las manifestaciones del intelecto que no utilizan expresiones verbales. Este es el motivo por el que nuestra sociedad moderna actúa de forma discriminatoria contra el hemisferio derecho". En efecto, el lenguaje textual se ha impuesto como el discurso hegemónico y, consecuentemente, ha hecho prevalecer su ideología y su metodología, basadas en la pura racionalidad, en el silogismo rígido y en la concatenación necesaria. Si algo no entraba en este esquema era directamente

desdeñado y olvidado. La ciencia conoce bastantes casos de grandes ideas que en su día fueron rechazadas porque no encajaban en este orden estructurado de las cosas; y sólo fueron aceptadas mucho tiempo después, cuando nuevos descubrimientos permitieron cambiar la perspectiva y la opinión.

La preeminencia del lóbulo izquierdo con el que hemos sido educados nos impide reconocer que son las intervenciones del derecho lo que le ha proporcionado a la ciencia sus grandes avances: los momentos de iluminación o de descubrimiento, que podíamos resumir en el famoso "¡eureka!" de Arquímedes o en la manzana de Newton; o también las intuiciones casuales, muy relacionadas con el hemisferio derecho, como el descubrimiento de la penicilina por el doctor Fleming. Tampoco debíamos olvidar que áreas trascendentales de nuestra cultura, especialmente la especulación teórica, la creación plástica y las llamadas artes aplicadas, son consecuencia directa del hemisferio derecho, aunque en muchos casos hayan encontrado su expresión formal a través del lenguaje de las palabras del hemisferio izquierdo.



### **La colaboración es más rica que la confrontación**

Como vemos, a nivel de individuo, la nueva sociedad de la comunicación está impulsando un cambio en el peso dominante entre ambos hemisferios. En la medida en que los medios invaden una gran parte de nuestra vida, parte que crece constantemente pues ellos son los grandes abastecedores del ocio en una sociedad que cada vez disfruta de más tiempo libre, los medios están propiciando que activemos el uso de las terminales nerviosas de nuestro hemisferio derecho (recordemos, el intuitivo, el creativo, el femenino). Quizás nos están animando a encontrar un nuevo equilibrio, en el que

ningún lóbulo se erija en dominante sobre el otro y ambos puedan realizar su papel potenciando el del compañero.

Desde luego, esto cambiará radicalmente nuestra visión del mundo. No cabe duda de que, como afirmaba Marshall McLuhan<sup>(3)</sup>, la cultura de los medios audiovisuales ha provocado la muerte del hombre gutembergiano que está siendo sustituido rápidamente por otro hombre nuevo, de carácter multidimensional. Pero un futuro en el que convivan la imagen y la palabra puede ser más completo y enriquecedor que una cultura basada sólo en el lenguaje textual y sus peligrosas inercias metódicas. Quizás así aprendamos a servirnos de ese 80 por ciento del cerebro que según los neurólogos casi no utilizamos, interconectando debidamente texto e imagen, razón e intuición, practicidad y especulación, masculinidad y femineidad, en una colaboración interlobular donde la suma de las dos partes suponga, de hecho, multiplicar hasta el infinito nuestros recursos actuales.

Pero lograr este objetivo requiere, desde luego, estar preparados para la acción. En consonancia con nuestra actitud intelectual inquieta y comprometida, debemos trabajar contra la manipulación, contra la superficialidad y contra la

disgregación que pueden imponerse con facilidad en este período de transición. Debemos procurar no perder la perspectiva aunque cambie el paisaje. Pero más que aborrecer el proceso de cambio en sí mismo (de hecho, nosotros hemos sido precursores conscientes y activos del cambio), los lenguajes utilizados o las técnicas que los transmiten, debemos mostrarnos contra el uso interesado y excluyente que pueda hacerse de ellos. Quizás esta actitud requiera de nosotros que practiquemos más a menudo la combinación de ambos hemisferios: aprender a ser rigurosos y también flexibles, a defender nuestras ideas pero abriéndonos a otras nuevas, a mantener nuestra capacidad crítica pero con ductilidad.

#### **Citas:**

- (1) Eco, Umberto: "La estrategia de la ilusión". Editorial Lumen. Barcelona, 1986.
- (2) Trevarthen, Colwyn (editor): "Brain circuits and functions of the mind: Essays in honor of Roger W. Sperry". Cambridge University Press, 1990.
- (3) McLuhan, Marshall y Lapham, Lewis H.: "Understanding Media: The extensions of Man". The Mit Press. Cambridge, Massachusetts, 1994.

*Artículo publicado en la revista de crítica cultural "Microfisuras". N° 19. Pag. 46-52. Otoño de 2002. Vigo. España.*

*Las ilustraciones de Eduardo Chillida que acompañan este artículo proceden de la edición original.*